

# Carta de Chile

## La basura

*Manuel Corrada*

La voracidad chilena por la basura se halla en cualquier esquina. Al fin de la tarde, apenas las cafeterías sacan a la acera las bolsas de basura caen manadas de hombres, mujeres y de niños para revolver los desperdicios. Buscan algo para comer, un resto de bocadillo o un trozo de pizza. Cuando se marchan los últimos sobre las diez de la noche, el espectáculo es desolador. Patatas fritas, vasos de Coca-Cola, sobras de pan y restos de tomate, servilletas sucias de papel. De la tristeza y fealdad de este paisaje urbano incluso se ha sacado provecho político. A los pocos días de haber sido arrestado Augusto Pinochet en Londres, el 16 de octubre de 1998, algunos alcaldes de comunas muy opulentas manifestaron de una manera vistosa su molestia por semejante hecho. Joaquín Lavín, entonces alcalde del próspero barrio de Las Condes, dejó sin recoger la basura de la residencia de los embajadores de España, lo que produjo un panorama horrible frente a una casa espléndida ubicada en una esquina de mucho rango social. Lo mismo sucedió durante bastante tiempo con la basura del consulado de España en Santiago, pues el alcalde, un ex militar, veía en ese gesto un acto de repudio parecido a los de su mujer, quien se dedicaba a quemar banderas hispanas en sitios públicos, episodios que eran seguidos con bastante interés por los medios de comunicación.

También hacia esa misma hora de la tarde hay quienes recorren las calles viendo qué contienen las cajas de basura antes de que un camión las retire. El papel usado y las botellas pueden venderse, casi todo sirve. Sin embargo, los monitores de ordenador no los quiere nadie y ahí quedan. Ni pueden repararse, ni quitan el hambre, ni hay quien los compre. A simple vista esto daría la impresión de una sociedad de gran desarrollo y archipoblada de ingenios tecnológicos, si no fuera por el éxito de la otra basura, la de la comida. Representa una muestra de las paradojas de un país que se puso tecnológico de un día para otro, a una velocidad que no fue acompañada por las costumbres ni por los equilibrios sociales.

Mientras caían miles de artefactos electrónicos y cuando expresiones del estilo «tecnología de punta» empezaban a aplicarse ya fuera a la gestión empresarial o a los sistemas de enseñanza, permanecían impertérritas en

los códigos de derecho leyes anacrónicas que castigaban actos cuya penalización se encuentra extinguida en la mayor parte de las sociedades avanzadas. Hasta hace pocos años existían la denominada «detención por sospecha» y los delitos de mendicidad y vagancia. Ese sistema de detención dejaba a la policía arrestar por cuatro o cinco días a cualquier persona que a sus ojos resultara sospechosa, sin necesidad de precisar de qué lo eran. En la práctica se tradujo en que durante los fines de semana miles de dieciocheros terminaron en las cárceles para pronto obtener la libertad pues no había mérito para procesarlos. El castigo cínico consistía en que las cárceles chilenas equivalen a un infierno donde se cometen las mayores atrocidades y humillaciones que la dignidad humana logre soportar. Un cinismo ha sido común a la mayoría de estos cuerpos legales que suenan polvorientos y huelen a naftalina. Por ejemplo, el adulterio femenino, hasta llegada la democracia, podía resultar sinónimo de cárcel. Si alguien cree que semejante entelequia provenía del desván de la legislación pero que no se aplicaba, se equivoca. Pero se usó para fines perversos. Si un matrimonio se separaba –en Chile no hay ley de divorcio– y la mujer se inclinaba por iniciar un amorío, el marido tenía la sartén por el mango: adulterio.

Sobre una tierra de este estilo, sobre un sistema que suele identificar sanciones morales con castigos penales, junto a unos mínimos educacionales débiles y edulcorados, en la mitad de una dictadura, en ese minuto preciso se dejó caer de golpe y sin anuncio todo el imperio tecnológico llegado desde el último rincón del planeta. Fue tan rápido, tan de repente, que los resultados se encuentran hasta hoy a la vista. Televisiones de última generación contenidos de las emisoras que deben enmarcarse en una horma de censuras. Automóviles espléndidos cuyas velocidades superan dos y hasta tres veces las permitidas en carreteras y autopistas. Pero las libertades, la tolerancia, las amplitudes de miras, el ensanche de la igualdad, la idea de que la vida en esta tierra se construye en común, son cosas que han brillado por su ausencia y que se supone van mano a mano con las innovaciones tecnológicas. Un suponer que aquí significa desajustes.

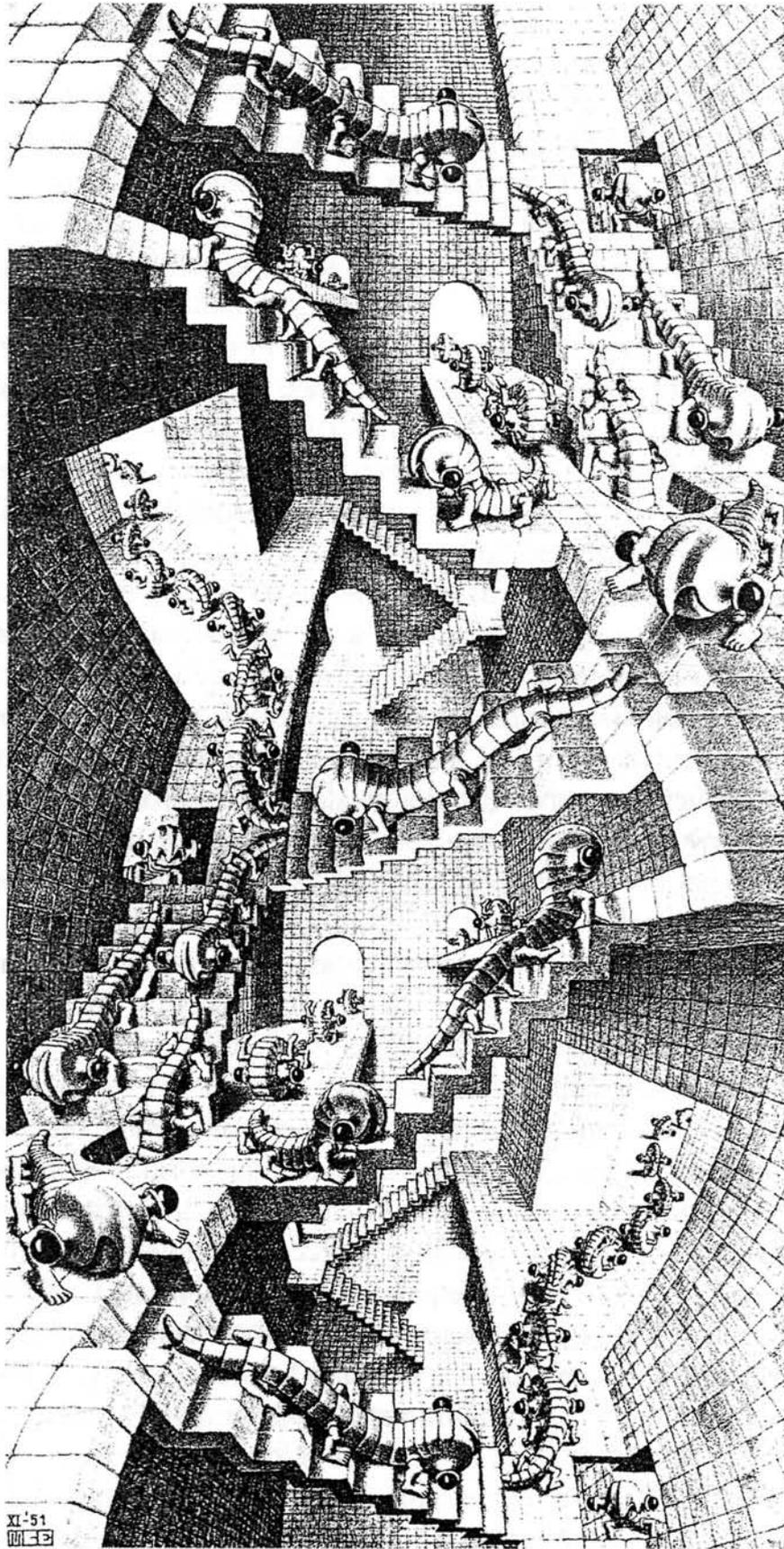
Los descalces aparentemente pasan inadvertidos, mas con un poco de ojo pronto salen a relucir. En los telediarios mucha gente aparece con su nombre y apellidos en una franja horizontal en la parte inferior de la pantalla. Otra, sale simplemente con su oficio o con nada. ¿Son nada?, ¿un mundo de los don nadie? Hará ahora más o menos diez años la publicación de un libro donde se contaban intimidades carnales de altos funcionarios y de políticos recibió un golpe lapidario. En pocas horas un tribunal ordenó secuestrar todos los ejemplares. ¿La honra de las personas en juego?

Según quién. Todas las mañanas los periódicos populares llenan páginas y páginas con episodios de la misma índole. Sin embargo, conciernen a esa gente de la que puede decirse lo que se quiera sin que nadie alce la voz ni aparezca una ley que proteja sus nombres. No tienen honra ni nombre.

Con todo, sopla un aire de cambios. La juventud conoce los episodios políticos del pasado reciente sólo como historia, sin el peso de haberlos vivido ni cargar con resabios ideológicos polares, de blancos y negros. La acción política les interesa poco. En cambio, se hallan atentos a cualquier manifestación que suponga una puerta para la libertad y el «sé tú mismo». La música, la manera de vestirse, los modales, hablan un idioma distinto al de una sociedad exageradamente tradicional y conservadora. En lugar de una boda con la novia vestida de blanco y una ceremonia rutilante en una iglesia prefieren vivir juntos sin contrato matrimonial. Al hincapié en las virtudes de la familia entendida como institución, algo repetido hasta la saciedad por ciertos medios de comunicación, hacen oídos sordos. Sin embargo, son eficaces en sus trabajos y responsables con sus compromisos.

Esta generación siente la necesidad de estudiar y prepararse como una exigencia inevitable del mundo actual. La diversificación es enorme. Aparte de los títulos universitarios de toda la vida que otorgaban unas pocas universidades financiadas por el Estado, desde los primeros ochenta la emergencia de universidades privadas aumentó las plazas de estudio disponibles, aunque no siempre con niveles de calidad académica ni de recursos en infraestructura adecuados. Recientemente vienen proliferando pseudotítulos novedosos pero que en realidad son productos de mercadotecnia y de cuyos contenidos se habla poco o nada. Casi todas las instituciones otorgan «diplomados» de varias especialidades. Se trata de un pariente pobre de los MBA, que aquí abundan, en los cuales después de asistir a unas clases durante un año o dos la persona recibe un certificado. Pero éste no habilita para el ejercicio profesional ni rinde méritos de ninguna índole, por mucho que cueste hartó caro. Para las instituciones que lo ofrece han sido una manera novedosa de recaudar dinero bajo un aspecto relativamente digno, mientras que para quienes siguen este tipo de estudios representan un eventual plus que puede ayudar en una sociedad donde la palabra competitividad se repite tanto como los buenos días.

Esta generación aquilata el desenfreno de la primera horda tecnológica que llegó en los años ochenta justo cuando ellos nacían. Cierto, no los preocupa que aún haya chilenos buscando alimento en la basura. Tampoco se hincan deslumbrados ante los brillos de las máquinas o las interfases, ni los asusta que la tecnología amenace el empleo en el futuro. Por ahora viven en el presente.



Escher: *Cage d'escalier*, lithografie, 1951